

meses, de nuevo es sorprendido en crimen de sociedad secreta y condenado á cinco años de presidio. Viene la tercer República, y continúa perturbándola. El 31 de Octubre de 1870 toma parte en el motin contra el Gobierno de la defensa nacional, y á primeros de Marzo de 1871, despues de haber alarmado nuevamente los ánimos en París, huye, y cae nuevamente en manos del gobierno, que lo tiene como el gobierno de la restauracion, como el gobierno de Luis Felipe, como el gobierno de la segunda República, como el gobierno del segundo Imperio, en durísima prision.

No encontrareis entre los conspiradores europeos ninguno tan audaz, tan creyente, tan constante, tan probado por toda suerte de infortunios, y por lo mismo ninguno tan temible para la seguridad de los gobiernos, y tan calamitoso para el progreso y el desarrollo de las democracias. Los hombres que pasan la mitad de su vida y de su tiempo entre confabulaciones insensatas y la otra mitad entre barricadas estériles; siempre con el santo y seña del motin audaz en los lábios y el puñal infame del demagogo en las manos; aunque tengan las cualidades más altas, y la inteligencia más comprensiva; aunque les acompañe la habilidad más exquisita y el valor más heróico; sólo sirven para engendrar esas agitaciones precursoras de la reaccion y para dejar tras sus pasos un reguero indeleble de lágrimas y sangre, que provoca horror á la libertad, y arrastra generaciones enteras al suicidio del alma, á la abdicacion del derecho.

¿Qué han alcanzado los demagogos furiosos de la última crisis francesa? La maldicion de los buenos, el destierro para sí, el retroceso universal. Ahora mismo han alcanzado por gran fortuna huir de las apartadas islas, donde los habia confinado el gobierno, y esquivarse á los tormentos de las deportaciones con los tormentos de la emigracion. La imagen del tenaz conspirador es Blanqui. Nada le falta para el cumplimiento de su vo-

cacion y el ejercicio de todas sus maniobras; ni la inteligencia flexible, ni la imaginacion fecunda en expedientes y en recursos, ni el desprecio á los bienes de este mundo, ni el fanatismo por las ideas avanzadas, ni la exaltacion del carácter, ni la hipocresía, ni la doblez cuando á sus fines convienen. Ha consumido en eso su vida. ¿Y qué ha alcanzado? Asociar su nombre á todas las revoluciones, participar de todos los motines, ser un conspirador permanente contra la monarquía de Luis Felipe, para convertirse luego á la hora del peligro de muerte y al pié de la horca en acusador de sus compañeros; perturbar la segunda República hasta violar su Asamblea y caer en prision; perturbar la tercer República, y bajo el látigo de fuego manejado por las legiones extranjeras, sembrar la discordia para recoger la execracion de todos los buenos y la derrota de su patria. Todos cuantos aman la libertad deben aborrecer la demagogia.

Blanqui es bajo de talla, moreno de color, nervioso de temperamento; sus ojos negros y penetrantes, su nariz puntiaguda, sus lábios finísimos, su sonrisa siniestra, su pelo cano, su voz temblona y ágría; la expresion de su rostro acusa la invencible energía del carácter y la salud que conserva en medio de tan horribles padecimientos la intachable pureza de sus costumbres; sus espaldas encorvadas y sus piernas vacilantes le dan caracteres seniles en consonancia con su edad, que raya en los setenta; y lo descuidado y aun sucio de su traje revela á un mismo tiempo que es pobre de fortuna y que está consagrado enteramente al culto erróneo y fanático, pero al culto desinteresadísimo de una idea.

Los demócratas de todos colores le han aborrecido siempre. Lamartine no sabia cómo justificar el haberlo admitido una vez en su casa. Ledru-Rollin decia que llevaba en vez de corazon una bolsa de hiel. Luis Blanc muestra que le ponía miedo toda manifestacion política en que el feroz demagogo tomara

parte. Dafaure declaró en público juicio que habia denunciado sus compañeros de conjuraciones á los gabinetes de Luis Felipe. El íntegro Barbes le creyó siempre traidor; y cuando presente con él, por la violacion de la Asamblea, ante los tribunales, en el mismo banquillo de los acusados decia Blanqui algo que pudiera á Barbes referirse, exclamaba Barbes: «Os intimo que no hableis de mí.» Eran las ocho de la noche de 1870. Los milicianos del centro de París, todos adictos á la República, se reunian en el local de la Bolsa. Se habla de reaccion, de maquinaciones; se les conjura para que vayan á derribar al gobierno y á salvar la República. Unos vacilan; otros se deciden por los revolucionarios y casi quieren gritar que se proclame la Commune de París. Mas al pronto saben que Blanqui está al frente de todo y exclaman: «Con Blanqui jamás. Él perdió la República de 1848; él perderá la República de 1870.»

En el momento que corre, dada la situacion especial de Francia y el estado de los ánimos; para evitar revoluciones que pudieran herir gravemente la paz pública y la prosperidad material; para evitar reacciones que á su vez pudieran herir más gravemente aún las libertades indispensables y el progreso pacífico; necesitase á toda costa el predominio del partido que tiene el conocimiento práctico de la realidad, el amor verdadero al ideal, y el sentido de la política posible, que ha de aliar la autoridad social con los derechos individuales dentro de la República.

Cuando se ha vivido mucho tiempo; cuando se ha trabajado por la libertad y por la democracia con empeño, échase de ver, y á primera vista, en cuanto llega la hora del triunfo, que nos hemos curado de todo, de los derechos del individuo, de las instituciones progresivas, de los programas científicos, ménos de aquella condicion esencialísima á la vida de las sociedades, ménos de la seguridad general, cuya ausencia trae males tan graves y tan profundos, tiranías tan desordenadas y

tan peligrosas, que obligan á los pueblos á suspirar por la autoridad derribada y á echarse en brazos de una ciega reaccion. El partido que provea al afianzamiento de las instituciones modernas, á la proclamacion de la República, á la autoridad, al orden social, sobre todo, á esa seguridad, sin la que la vida es tempestuosa y el progreso incierto, será el partido depositario de la política saludable á esta época procelosa de transicion y de crisis.

Este partido es la realidad viviente. Rechaza con ardor y con empeño la reaccion insensata hácia la monarquía legítima. Maldice aquel funestísimo desolador Imperio, que despues de haber opreso á Francia tanto tiempo, deshonorado su nombre, puesto el veto de la dictadura á las expansiones de la conciencia y del pensamiento para prolongar su expirante vida, lanzóse sin fuerzas proporcionadas á los tributos extraidos, sin madurez ni en la voluntad ni en el juicio, como ciego y demente, en la tromba y los huracanes de la guerra internacional, que lo arrastran y lo aplastan allí en las llanuras de Sedan hasta obligarle á dejar cuatrocientos mil prisioneros de guerra; treinta y seis departamentos invadidos; la capital asediada y palpitante bajo las amenazas del incendio y los horrores del bombardeo; veinte mil millones de reales por rescate; dos provincias desmembradas del suelo francés para vivo testimonio de la derrota; y luego la guerra civil engendrada por los males de la guerra extranjera y por las visiones y los ensueños de una larga y deshonorosa servidumbre. Y si este partido rechaza el Imperio, rechaza con más vigor aún la Comunidad de París, á la cual venció y soterró con vigor equidistante de dos utopias al igual dañosas, de la utopia de lo pasado y de la utopia de lo porvenir.

Este partido se ha formado de una manera natural y por procedimientos profundamente lógicos. De un lado aquellos republicanos que, advertidos por la experiencia, desean rea-

lizar gradualmente la emancipación de la democracia, como procede en sus series, y en sus evoluciones y en sus organismos la naturaleza, conságranse á robustecer la autoridad social dentro de la República; y á su vez, de otro lado, aquellos monárquicos que han querido la monarquía, sólo como áncora de la libertad, advertidos por la lógica de los hechos, por la enseñanza de la historia, renuncian á los poderes de origen divino, de carácter hereditario, y se consagran á encerrar los poderes de origen nacional y de carácter democrático dentro de su forma genuina y propia; dentro de la República. Son estos, en verdad, hombres de ciencia y de experiencia que conocen el principio más axiomático y más fundamental de la política, el principio de que no hay derecho alguno á sacrificar los intereses permanentes de la patria á la consecuencia con ideal dogmatismo. La verdad es que el sentido comun y el sentido moral sólo llaman apostasías al cambio de ideas por móviles interesados y en sentido reaccionario. Es apóstata Juliano, que pasa del cristianismo al paganismo; no son apóstatas ni San Pablo, que pasa del judaísmo, ni San Agustín, que pasa del paganismo á la idea cristiana. La conversión de Emilio Ollivier, por ejemplo, de la República á la monarquía, es una gran deshonra; la conversión de Mr. Thiers de la monarquía á la República es una gran gloria. El partido que le sigue y que le apoya en esta empresa tiene el verdadero sentido de la política necesaria; y tendrá la gloria de haber iniciado la educación de una gran democracia y el establecimiento de una gran República.

El programa de este grupo, que compone el centro izquierdo de la Asamblea elegida entre los horrores de la guerra, se compendia en varios puntos fundamentales: conservación de la República, haciéndola definitiva y estable; sufragio universal engendrando la representación popular para que engendre el poder ejecutivo, el poder supremo; dos Cámaras, á la manera de los Estados-Unidos, con

diferentes categorías y diversa esfera de actividad, y duración también diversa, pero emanadas ambas de la voluntad nacional; consagración de todas las fuerzas de Francia completamente á robustecer y regenerar la nación, hoy más que nunca necesitada de las ventajas de un progreso pacífico y del curso activo y de la unión estrecha entre todos sus hijos, alzados á la altísima dignidad de ciudadanos.

A este programa le faltan resueltamente ideas y elementos que podrían darle más luz y más vida. Desde luego, los principios más propios de la naturaleza humana y más esenciales á su existencia y desarrollo, son aquellos principios del derecho natural que consagran el completo desarrollo de nuestras facultades, y nos facilitan el fin de la vida, el cumplimiento de nuestro destino y nuestro ministerio sobre la tierra. Y si le falta esto en la altísima esfera de los principios, le falta en el organismo la distribución de la soberanía popular y de la autoridad social en grupos y entidades fundamentales, que aparten todo el calor vital del cerebro de los pueblos, expuesto por esas concentraciones absurdas de la vida, á una fulminante apoplejía. Descentralización y libertad son dos puntos que debe abrazar el centro izquierdo; que completarán su doctrina, y que, puestos por obra, serán la honra de las generaciones presentes, y el puerto y el refugio de las venideras generaciones.

El hombre que personifica con mayores títulos este momento glorioso, es Mr. Thiers. Nunca fui admirador de su política. Rechazaba mi conciencia su filosofía ecléctica, su sistema doctrinario, su censo privilegiado; las complacencias serviles con la monarquía, nuevamente restaurada en la revolución de 1830, después de haberla visto perder la libertad y combatir la democracia desde las primeras á las últimas horas de la restauración legitimista; el apego al ideal británico, incompatible con nuestras leyes y tradicio-

nes, con nuestro temperamento y carácter, devotos rendidamente de una verdadera igualdad; la apoteosis de Napoleón, que tanto contribuyera al renacimiento del Imperio y tanto ocultara á los ojos del pueblo los crímenes y los errores del cesarismo; el estrecho criterio con que examinaba la política internacional, los cambios radicales de Italia y de Alemania, y el espíritu mezquino con que proponía la desmembración y la debilidad de todas las naciones vecinas en provecho de la unidad y de la grandeza de Francia; la ira enconada con que atizó la guerra contra Prusia, presentándola como una tradición histórica de su patria, aunque en el momento de condensarse todas aquellas ideas y comenzar aquella tremenda batalla, con el pretexto de la falta de preparación, se arrepintiera y predicara una paz, á la sazón más necesaria que nunca, pero quimérica, imposible.

Y sin embargo ¡con qué gloria ha rescatado todas sus faltas y ha corregido todos sus errores! El obligó á una Asamblea, imbuida de espíritu monárquico, á reconocer y aceptar la proclamación de la República democrática. El ajustó una paz inevitable, alcanzando que no acabara de perderse y desmembrarse la integridad de Francia. El pagó un rescate de veinte mil millones de reales, que todavía parece fabuloso. El alejó al extranjero de Francia. El reorganizó el orden y la seguridad pública; la administración y los ejércitos de mar y tierra. El venció la desenfadada demagogia que había hecho de París antro de sus utopías y de sus fieras. El aconsejó constantemente que se admitiera y se proclamara la República definitiva como puerto de refugio contra las aventuras monárquicas en el interior y en el exterior contra la guerra. Derribado por una coalición monárquica, él ha sostenido en sus manos vigorosas, jamás abatidas ni por los reveses ni por los años, la enseña que puede unir á todos los franceses en comunidad de ideas y de aspiraciones, la gloriosa enseña de una prudente y verdadera

República. Por esa razón triunfa y triunfará su política. Es la política del progreso y de la conservación; la política del movimiento y de la estabilidad; la política que contiene los dos términos necesarios en todas las sociedades, y más especialmente en las sociedades democráticas, la autoridad y la libertad.

Hasta los más empeñados en prolongar la interinidad para traer á su término la monarquía, comprenden que Francia no puede continuar en el marasmo de la incertidumbre sin caer en el desmayo de la muerte. Muchas y nuevas intimaciones se han dirigido al conde de Chambord para que renuncie á su bandera blanca, á la bandera de sus padres, y abraza la bandera tricolor, la bandera de los verdugos de sus padres. Pero el conde, íntegro en su carácter y tenaz en sus opiniones, y fiel á lo pasado, se aferra constantemente, sin vacilación y sin duda de ningún género, á los apotegmas fundamentales de su política y á los signos consagrados de su familia. Hace bien. Se parece á los sacerdotes paganos que sacrificaban á los dioses en los últimos días de la antigua Roma. Esas figuras que se levantan sobre los sepulcros, si no son figuras gloriosas, son figuras estéticas. Sólo á los peregrinos neocatólicos, que creen á una en duendes, brujas y aparecidos, puede ocurrírseles ahora la idea de alzar un Borbon petrificado en los terrenos primitivos de la historia con las instituciones modernas henchidas de luz, de calor, de electricidad, de vida. La República será proclamada definitivamente. El septenado del general Mac-Mahon será admitido por todos los lados de la Cámara, excepto esa derecha, aferrada á sus altares y á su trono. Y la tercer República francesa tendrá por lo menos una duración que no tuvo la segunda, sólo subsistente por tres años; que no tuvo la primera, sólo subsistente por diez años, tendrá doce años de existencia. Y á los doce años, penetradas las inteligencias de su práctica utilidad, habituados los pueblos á su normal ejercicio, habiendo entrado en las costumbres, la República

no será destruida ni cambiada por otra generación que se haya educado en su seno; será mejorada y refundida, á fin de que contenga en sus amplísimos moldes, en sus flexibles formas, el ideal de nuestra conciencia y el espíritu de nuestro tiempo. Las generaciones que han nacido bajo la monarquía, si no quieren perder en vanos esfuerzos revolucionarios y en vanos juegos de palabras su tiempo, deben contentarse con fundar la República y remitir á las generaciones subsiguientes el trabajo de perfeccionarla. Es el general MacMahon limitado en sus alcances, rudo en su carácter, escaso de conocimientos así militares como políticos; pero leal, muy leal, incapaz de una traición, como aquellos sus predecesores que abandonaron Irlanda y vinieron á Francia y á España para ser fieles, fidelísimos á la Iglesia católica perseguida y á la familia de los Estuardos destronada. Por consecuencia, la República francesa nada tiene que temer del hombre á quien ha confiado su suerte, su duración, sus instituciones. Y el conde de Chambord no tendrá que violentarse admitiendo la bandera bajo cuyos pliegues bajaron Luis XVI y María Antonieta las gradas del trono, y subieron las gradas del cadalso; la bandera á cuya sombra huyeron, se rompieron y dispersaron los ejércitos aliados de sus abuelos; la bandera que descolgó Luis XVIII cuando tornó á ceñirse la corona tradicional restaurada entre el humo de Waterloo y el polvo de las ruinas de Francia; la bandera que invocaba Louvois cuando hería de muerte al duque de Berry, á la puerta de un teatro; la bandera exaltada por Thiers, el enemigo de los Borbones, y bendecida por Luis Felipe, el traidor á la familia; esa bandera que ha acogido y abrigado por espacio de ochenta años á todos los implacables enemigos de la antigua casa de Borbon. Sí; dados los antiguos compromisos de los reyes, las nobles aspiraciones de los pueblos, no hay más bandera que la bandera de la República.

Divídese el partido republicano en dos escuelas fundamentales; en la escuela radical y la escuela conservadora. Dos libros se han publicado por dos jóvenes diputados de una y otra fracción de la Cámara, que resumen y concretan las respectivas ideas de estos grupos: el libro de Mr. Gustavo Naquet, diputado radical, y el libro de Mr. Duvergier de Hauranne, diputado conservador. Las ideas del partido radical son justas; los procedimientos del partido conservador son necesarios en este momento histórico. El espíritu verdadera y genuinamente republicano, se encuentra en el libro de Mr. Naquet, como el procedimiento único por ahora que puede infiltrar ese espíritu en las leyes y en las costumbres, se encuentra en el libro de Mr. Duvergier de Hauranne. Dice el primero, y dice con razón. La República no consiente ningún poder irrevocable ni infalible. Las generaciones presentes no tienen derecho á comprometerse por las generaciones venideras, creando un poder inamovible, hereditario, que las marque desde la cuna con el sello de la monarquía. Todo poder será electivo. El orden es artificial cuando sólo se sostiene por la fuerza; el orden es natural cuando se enlaza y se sostiene por los procedimientos de la libertad. El orden republicano proviene de la armonía de los intereses; el orden monárquico proviene del embrutecimiento de los pueblos. Las cuestiones sociales que en la monarquía engendran la guerra, en la República se resuelven por la libertad; en la monarquía buscan la espada y el cetro de la dictadura, en la República el lento y progresivo desarrollo de las fuerzas sociales, que plantea estos problemas y los resuelve. El progreso es una ley necesaria. Desarrollado dentro de instituciones libres; y su evolución será tan serena como los movimientos del planeta en los espacios; oponedles vallas insuperables y las superará y las arrollará con fuerzas invencibles. El sentimiento más necesario á la fundación y al desarrollo de una República, es el respeto á

la legalidad. Sin el culto más devoto á las leyes no es posible la práctica regular del derecho; y sin la práctica regular del derecho no es posible la existencia de la República.

Es necesario salir del sistema de Asambleas omnipotentes, que unas veces llegan á ser las humildes siervas de las dictaduras revolucionarias como en 1793, y otras veces de las dictaduras reaccionarias, como en 1873, para entrar en una Constitución, que dé á cada ciudadano su derecho, y á cada poder su base. En esta Constitución el partido radical rechaza abiertamente las dos Cámaras. Á fin de evitar la dictadura de una Asamblea y sus resoluciones prontas y peligrosas, pone en la Constitución fuera de su alcance muchos puntos fundamentales: dá á un Tribunal Supremo el veto suspensivo contra toda la ley anticonstitucional, y remite la solución del conflicto á una nueva Asamblea que en aquel punto concreto sería y se llamaría Asamblea de revisión. El partido radical rechaza la presidencia tal como la constituyen los Estados Unidos, y tal como la organizó el Código de 1848; y proclama un gobierno nacido de la Asamblea, responsable ante la Asamblea, y amovible á voluntad de la Asamblea; sistema, en nuestro sentir, lleno de dificultades y de peligros, porque las Asambleas deliberantes carecen de la unidad y de la cohesión que se necesita para el gobierno, y ponen á cada nueva crisis en gravísimo peligro la paz pública. Como el Poder Ejecutivo depende por completo del poder legislativo, no hay por qué decir que el Poder Ejecutivo carece de la facultad de disolución y de suspensión de la Asamblea, la cual no debe ser renovada parcialmente, sino en su totalidad, no pudiendo tener de duración nunca tres años.

El partido radical francés rechaza y condena resueltamente la federación. Dice que la federación, aplicada á pueblos desunidos, es el camino de formar nacionalidades; pero aplicada á pueblos unidos, es el camino de romperlas y aniquilarlas. En América, don-

de las diversas colonias, recientemente autónomas, no formaban una grande nacionalidad, la federación era un progreso; en Francia, donde las provincias se hallan unidas fuertemente y componen esa grande unidad, la federación es un retroceso. Además, el partido radical francés dice, por la pluma de su joven representante que, al ver las primeras naciones federales marchar con paso cada día más firme hácia la unidad, no había de admitir que Francia fuera en sentido opuesto, y marchara hácia la federación, resucitando el estado administrativo anterior á sus revoluciones, y disolviendo su unidad de legislación, que es el primero y más fuerte seguro de su democracia. Lo único que admite es la descentralización; los asuntos municipales para el municipio, los asuntos departamentales para el departamento, los asuntos nacionales para la nación, para el Estado.

El partido radical borra de su programa resueltamente uno de sus artículos más queridos y populares; el licenciamiento del ejército. Las recientes derrotas le han advertido que el ejército es indispensable á la existencia de Francia. Es verdad que un ejército numeroso puede ser una probabilidad muy grande de reacción; pero prefiere correr estos peligros á herir y perder su nacionalidad. Sin embargo, el ejército francés tiene arraigadísimo el respeto á las leyes, el sentimiento de la legalidad, la disciplina y la obediencia. El mismo golpe de estado del 2 de Diciembre demuestra cuán vivo estaba en su pecho el culto supersticioso á la ordenanza, puesto que creyóse en el deber imprescindible de acatar y seguir á sus jefes, aunque sus jefes los lanzaron contra la legalidad. El partido radical dice que es necesario evitar este escollo introduciendo en la ordenanza algunos artículos mediante los cuales se imponga al soldado con la obediencia á sus jefes la obediencia también á la Constitución.

Los puntos esenciales al programa radical son los siguientes: Separación de la Igle-